

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Agar.—Rebeca.—Raquel, por don A. P.—Sara Mac-Farlane, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—La Soledad en el Campo (poesía), por Corina.—Las Vecinas, por don Antonio de Trueba.—Modas.—Explicacion del pliego de Dibujos.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Agar.—Rebeca.—Raquel.

ORIGEN DE LOS ISMAELITAS.—RAZAS ÁRABES.—FUNDACION DE LA MECA.—CASAMIENTO DE ISAAC.—ESAU Y JACOB.—VIAJE DE ESTE A LA MESOPOTAMIA.—ESCALA DE JACOB Y PALABRAS DE DIOS.—SUS CASAMIENTOS CON LIA Y CON RAQUEL.—DINA.—CONSECUENCIAS DE SU CURIOSIDAD.—JOSEPH Y SUS HERMANOS.

La vida de Agar es la relacion del origen de un gran pueblo, que siendo á la vez feroz, elegante y salvaje, supo hacer la guerra y cultivar las artes, y despues de cuarenta siglos, conserva aun en sus actuales costumbres el rasgo de las primitivas. En la historia de Agar se ve tambien la de las rivalidades que cierta costumbre antigua despertaba y nutria en las familias, y las heridas dolorosas que la causó la ternera de madre.

Nacida en tierra egipcia, era esclava de Abraham, donde la vimos escogida por Sara para asegurar la descendencia del Patriarca, y de cuya casa fué al fin arrojada, con Ismael, poniéndola á la puerta de la tienda con un pan y una orza llena de agua.

Madre é hijo se dirijen llorando á la Arabia, en vez de hacerlo á Egipto, y se pierden. Vagan errantes por el desierto, llamado despues de Betsabé, por esta pequeña ciudad, erigida en los confines de la Idumea y de la Palestina; desierto tan ardiente, que hoy no se atraviesa sin camellos.

Acabada el agua que llevaban, desfallece de sed Ismael, y casi exánime le deja su madre á la sombra de un árbol (1), y se retira á llorar por no verle morir. ¡Terrible situacion para una madre! Pero nunca abandona Dios á los desgraciados: envía un ángel, la alienta, y la enseña un manantial, del cual beben.

Vive Ismael favorecido por la Providencia, habita el desierto, y se adiestra en tirar del arco. Compadecidos algunos pastores de la vida errante de aquellos infelices, acudieron en ayuda de su miseria. Avanzan la madre y el hijo hácia el Mediodía, y se fijan en el desierto de Faran, en la Arabia Petrea, pais situado desde el pié del Monte Sinai, teatro de grandes sucesos, hasta las fronteras de la Palestina.

Allí tuvieron su cuna los ismaelitas, allí comenzó ese gran pueblo en cuya historia se ve retratada la vida de Agar, su madre, y de Ismael su fundador. Éste casó con una hija del Yeman, de entre los cuales debia nacer Mahoma.

Muchos cronistas han dividido el pueblo árabe en tres razas principales: la primera, compuesta de tribus estinguidas en una época lejana, y acerca de las cuales solo se han conservado algunas relaciones tradicionales recogidas por el Alcoran: la segunda, á la que suponen remota descendencia, establecida en las campiñas de la Arabia Feliz, fundando en ella ciudades y dedicándose á la agricultura; y la tercera, la de los ismaelitas desparramados por pedregosos campos y estériles llanuras, viviendo en tiendas, apacentando sus ganados y dedicándose al comercio.

(1) Según la historia de los ismaelitas, en este sitio se eleva la Meca.

La historia de estas razas es una continua série de guerras y alianzas, siendo notable la revolucion que devolvió el poder á los descendientes de Ismael á principios del siglo quinto. Agrupados todos al vencedor, hizo éste edificar una ciudad, que dividió en cuatro cuarteles, y llamó la Meca, que hasta entonces habia sido un campamento de beduinos, y hoy es el sitio adonde van en peregrinacion todas las tribus árabes. Reinó esta dinastía sin ser inquietada, hasta que Mahoma imprimió una nueva faz á la historia de aquel pais, é hizo desaparecer ante el islamismo todas las anteriores divisiones.

Pero aun no es tiempo de que sigamos tan adelante: continuaremos con la descendencia de Abraham, quien queriendo asegurarla, despues que habia visto cumplida la promesa de Dios, llamó á Eliecer, el mas antiguo de sus siervos, y le encargó buscara esposa para Isaac, mas no entre los cananeos, con los que no queria alianza, sino entre sus parientes que habitaban la Caldea. Parte Eliecer con los camellos cargados de ricos presentes, y llega á Haron á la hora precisamente en que salían las jóvenes por agua; costumbre entre las mujeres de los antiguos, de la que no se eximia ni aun la mas opulenta, teniendo todas á gala emplearse en las ocupaciones domésticas.

Despues de pedir á Dios inspiracion y ayuda, la que me dé de beber, dice, y lo ofrezca para mis camellos, aquella será la esposa destinada para Isaac. Se dirige á Rebeca, la pide agua, y le contesta:

—Bebe, señor, sosteniendo el cántaro, que vació despues para que bebieran los camellos. Eliecer la ofrece entonces brazaletes y pendientes de oro, y la pide le conduzca á la presencia de sus padres, familia que creció y se multiplicó en medio de los pueblos idólatras, sin faltar á la fé, ejerciendo la vida pastoril, educando así Rebeca su alma en la sencillez de los campos, é imprimiéndola aquella pureza y candor que poseian los inocentes corderillos que apacentaba. Tenia siervos, pero en aquellos tiempos no servian como hoy los criados para dispensar trabajo, sino para ayudar á sus amos.

Aceptada la peticion de Eliecer, con beneplácito de Rebeca, partió con ella y sus criadas, y siervos. Isaac salió á recibirles, gustó de Rebeca, y ésta enjugó las lágrimas que vertía Isaac por su madre Sara.

Los nuevos esposos tuvieron que abandonar el pais que habitaban, por el hambre que sobrevino, y vivieron en diferentes regiones, distinguiéndose Rebeca, ademas de su hermosura, por una discrecion y sabiduría, que sirven hoy á la Iglesia para presentarla como modelo á la mujer en el acto de casarse: ella dulcificaba las amarguras de Isaac, le consolaba en

sus aflicciones, le confortaba en su abatimiento, y procedia en fin como la inseparable compañera, como la buena esposa.

Próxima á ser madre, sentia en su seno una lucha que no comprendia: eran dos hijos divididos antes de nacer, que se hacian una especie de guerra que desgajaba las entrañas. Aquellos dos niños eran el origen de dos razas poderosas y opuestas, y el primogénito se someteria al segundo.

Al nacer, el primero se llamó Esau, por ser rojo y velludo: el segundo, Jacob, tenia con la mano el pié de su hermano al nacer, como pareciendo querer disputarle el derecho de primogenitura y continuar la rivalidad. Crecieron ambos hermanos, y opuestos sus gustos y sus inclinaciones, era Jacob mas querido de Rebeca, por su carácter dulce y costumbres pacíficas, que se hicieron aun mas con el frecuente trato de su madre. Isaac queria mas á Esau, porque le levaba caza.

Al tornar un dia hambriento y fatigado, estaba su hermano con un plato de lentejas, y se le pidió: Jacob le exigió en cambio el derecho de primogenitura, que estimó Esau en menos que su hambre.

Al finalizar su vida Isaac, quiso bendecir á Esau, pero mientras éste cazaba, disfrazó Rebeca á Jacob y le bendijo Isaac. Furioso luego Esau por este engaño, por librar Rebeca á Jacob de las iras de su hermano, le envió á Mesopotamia, encargándole tomara esposa de entre la familia de Yaban, que era la suya. Parte Jacob, y al regresar despues de veinte años, envió antes embajadores y regalos á su hermano, que le recibió abrazándole y derramando lágrimas de ternura y de sentimiento por la muerte de Rebeca, que no pudo tener el consuelo de ver esta union: habia muerto y fué enterrada donde Abraham y Sara, dejando una memoria eterna, reproducida por el buril y el pincel, y muy especialmente dando de beber á Eliecer, acto de generosidad que la enalteció y la hizo ser la mujer elegida para el origen de una raza bendita.

En el camino á la Mesopotamia, fué donde Jacob, durmiendo en el campo, vió la escala cuyo pié reposaba en la tierra y su estremidad tocaba al cielo: los ángeles subian y bajaban por ella rodeados de una claridad indescriptible, y vió á Dios, y le oyó decir, que le daria y á su posteridad la tierra sobre qué dormia, que seria numerosa como el polvo de la tierra, que se estenderia al Oriente, al Occidente, al Norte y al Mediodía, y que todas las naciones de la tierra serian benditas en él.

Continúa Jacob su camino, llega á la Mesopotamia, se enamora de Raquel, la segunda de las hijas de Laban, y como no podia dotarla, segun el uso es-

tablecido, propuso servir siete años para obtenerla. Breve se le hacia á Jacob la servidumbre para obtener á la que tanto amaba, y cumplido el plazo, al celebrarse la boda, Laban sustituyó á Raquel con Lia, su primogénita. Ofendióse Jacob del engaño, pero ya era su esposa; mas como las costumbres de entonces autorizaban tener mas de una mujer, se convino el ofendido Jacob á servir otros siete años por Raquel. Pasados, y efectuado con ésta su enlace, continuó seis años mas en casa de Laban, aumentando sus riquezas, que llegaron á esceder á las de su suegro. Disgustado, volvió á su patria con sus mujeres y sus hijos, reconciliándose con su hermano, segun manifestamos.

Marchó á vivir á Salem, donde el hijo del Rey se enamoró de su hija Dina, y la robó cuando aquella salió por curiosidad á conocer las mujeres del pais, lo cual sirve á los Santos Padres para recomendar el cuidado que se debe tener en evitar la curiosidad, pues la de esta jóven de diez y seis años causó su deshonor, los crímenes que cometieron sus hermanos, la pérdida de una ciudad, y obligó á su padre á fugarse para evitar un peligro.

Despues de dar á luz á Benjamin murió Raquel, y casi al mismo tiempo Isaac.

Jacob vió entonces amargados sus dias por las discordias de sus propios hijos y sus faltas. Solo uno de ellos, Joseph, mitigaba sus penas por las bondadosas cualidades que poseia. Mostrábale por ello preferencia, y esta fué la causa de la rivalidad de sus hermanos, que acabaron por venderle á unos madianitas.

Aquí entra ya la Historia Sagrada en un nuevo periodo, que procuraremos recorrer brevemente.

A. P.

LITERATURA.

SÁRA MAG-FARLANE.

Sir Gregory Mac-Farlane, caballero irlandés, habia servido lealmente la causa de los Estuardos. Por ellos habia sacrificado su fortuna, abandonado á su familia, espuesto mil veces su vida en los peligros inherentes á ser desterrado, cuya cabeza estuvo puesta á precio.

Despues de muchos años de una lucha inútil, viéndose perdida la causa que tan ardientemente defendia, y acosado por la necesidad de volver á ver á su esposa y á su hija, aceptó el indulto que le ofrecieron, y

regresó á su patria, pobre, cubierto de cicatrices, abrumado de dolencias, pero con la satisfaccion de haber cumplido noblemente los deberes que se impuso.

Su primer pensamiento al pisar el suelo nativo, fué para su familia. Encaminóse hácia la provincia de Wester, donde le quedaba un pequeño patrimonio, único resto de su fortuna que no hubiera sido confiscado.

Cerca de la bahía de Donegall hay montañas elevadísimas que dominan toda aquella parte del Atlántico. Pequeños valles de perenne verdor, salpican agradablemente esta barrera natural, y esta parte de Irlanda, aunque poco poblada en la época de que hablamos, justificaba á primera vista el poético nombre de *Isla de las Esmeraldas*, con que la designaban.

A unos cien pasos de la playa, sobre el declive de una colina, habia una casita medio arruinada. Sus puertas y ventanas estaban rotas, y el viento del mar, que penetraba libremente por todas partes, amenazaba arrancar el tejado, pero sostenido por la roca que le protegía por el lado opuesto, el edificio resistía sus embates.

De pié, sobre el dintel, un viajero contemplaba dolorosamente sorprendido el estado lastimero de aquella morada. Comprendía que á las calamidades del destierro, tendria que agregar las consecuencias de la ausencia.

En el interior de la casa habian establecido su residencia las aves nocturnas. En el exterior una frondosa vegetacion, ahogaba bajo espesas ramas toda señal de cultivo, y aquel lugar hubiera sido un verdadero desierto, si la vista de una cabaña no hubiese hecho suponer la existencia de algun habitante.

Devorado de sed, trémulo de temor y de inquietud el viajero, descendió por un sendero cubierto de zarzas, que en otro tiempo conducia á aquella posesion, y se dirigió hácia la cabaña. Allí distinguió á una jóven, que sentada sobre un haz de juncos, se ocupaba en componer una red de pescar.

—Dick! Dick! (se puso aquella á gritar, volviendo la cabeza hácia el interior de la cabaña); un viajero!

Un anciano salió: levantóse la jóven, y ambos siguiendo la costumbre de los irlandeses, que antes de dirigir la mas leve pregunta, cumplen con los deberes de la hospitalidad, se acercaron afectuosamente al extranjero.

Hiciéronle sentar, y enseguida le presentaron leche de cabras, peces asados, y tortas de maiz.

La jóven le instaba con gracia para que comiese, pero el viajero no cesaba de mirarla.

—¿No teneis mas familia? preguntó al anciano.

—No, señor: esta niña, no tiene quizá tampoco mas que á mí en el mundo. Su madre ha muerto, y su padre está desterrado.

—Cómo se llama? preguntó de nuevo el extranjero.

—Sara. Hija mía, añadió, llévate esas redes y cuélgalas ahí fuera.

La joven salió, inclinándose ante el extranjero.

—Sí, señor, repuso el pescador, Sara constituye toda mi familia. Nació en la opulencia: la recibí de manos de su moribunda madre, á la cual juré consagrarla el trabajo de mis últimos días. Tenia hijos: Dios me los llevó: sin embargo ha bendecido mis esfuerzos: mi trabajo nos basta. Es verdad que somos pobres, pero no infelices.

El viajero echó una triste mirada á su alrededor.

—Sara se ha criado á mi lado, continuó el anciano: es piadosa y buena. Acostumbrada al trabajo, no está un momento ociosa. Testigo de las numerosas desgracias que las tempestades causan en la costa, es intrépida y serena. No desmiente, os lo aseguro, la noble sangre que corre por sus venas.

El extranjero no pudo contener por mas tiempo sus lágrimas.

—Dick! exclamó, estrechando con efusion sus niños. Sara es mi hija! Soy el desgraciado proscrito Mac-Farlane. Despues de seis años de padecimientos vuelvo á mi país, para no encontrar mas que el sepulcro de mi esposa, á mi pobre hija que no debe la existencia sino á vuestros generosos sentimientos, y por único asilo las paredes arruinadas de la morada de mis padres! Ah! desgraciado, desgraciado de mí! Un celo fanático, insensato, me alejó de los seres á quienes debía mi apoyo! Dios me castiga cruelmente por haber desconocido mis deberes de esposo y de padre!

Al oír el nombre de Mac-Farlane, Dick arrojó al suelo su gorro de lana, se levantó respetuosamente, y manteniéndose en pié:

—Milord, le dijo con gravedad, es preciso resignarse á lo que ya no tiene remedio. Dios ha dado á los hombres la fortaleza, el valor y la fé, para salvarlos de la desesperacion: y para dulcificar la severidad de sus decretos, permitió á la esperanza hacerles entrever dias mejores. Yo tambien he servido la santa causa de nuestros reyes: como vos lo he perdido todo: ya no soy mas que un tronco despojado, que ha visto caer una á una todas sus ramas: pero me he adherido á la vida por esa pobre niña, y en ella he encontrado mi recompensa. Creedme, milord, si os la ha conservado Dios, es porque lejos de castigaros por haberlo sacrificado todo á una noble causa, os reservaba este consuelo á fin de añadir á vuestra energía como hombre, á vuestra resignacion como cristiano, todo lo que puede el amor paternal.

Sara entraba en aquel momento.

Dick se adelantó hacia ella, y tomándola de la mano:

—Sara, la dijo, habeis rogado incesantemente

por vuestro padre, desterrado y proscrito; abrazadle, amadle, y dad gracias á Dios que os lo devuelve; pero nada de lágrimas inútiles: pensemos en lo que conviene hacer para bien de los dos.

Sir Gregory estrechaba á su hija contra su pecho cubriéndola de lágrimas y besos.

Sara le devolvía sus caricias en silencio, reprimiendo visiblemente lágrimas de ternura, por complacer al estóico anciano, que no demostraba mas que una alegría tranquila, dando vueltas por la cabaña para ponerlo todo en orden.

Mac-Farlane escribió á sus amigos de la corte, con el objeto de saber bajo qué condiciones sería reintegrado en los bienes que le habian sido confiscados.

Contestáronle, que en prueba de su adhesion al nuevo gobierno, se exigía que entrase en el servicio.

No quiso resolverse, y se resignó á la pobreza.

Entonces con gran trabajo, y echando mano de los restos de un lujo que necesitaba olvidar, pudo reunir una suma suficiente para reparar su casa arruinada, y Dick fué á participar de la buena ó mala suerte de sus señores, sin abandonar por eso sus ocupaciones habituales.

Sara, ayudada por él, desempeñaba los quehaceres domésticos. Así vivieron durante dos años, si no felices, al menos con una envidiable tranquilidad.

Acababa Sara de cumplir diez y seis años. Era hermosa, pero educada por un viejo austero, sus facciones habian adquirido un aire de gravedad, que las hacia parecer mas marcadas. La joven no habia recibido educacion ninguna, pero sin embargo era tal su instinto de pureza y dignidad, que todas sus acciones tenian un sello de modestia y conveniencia natural, que suplían los buenos ejemplos que una madre hubiese podido darla. (Se continuará).

DOLORES CABRERA Y HEREDIA DE MIRANDA.

LA SOLEDAD EN EL CAMPO (1).

Lejos de mí los báquicos rumores
Del alegre festin, lejos las danzas,
Los mústios ramos, las hirientes luces,
Y los sonoros ecos de las arpas.
El ambiente sofoca... y fatigados
Buscan los ojos sombra, paz el alma,
Silencio los oídos... y la frente
Anhela fresca brisa y perfumada.
Lejos... si! que yo quiero sobre un lecho
De rosas, de camelias y de gualda,
Escuchar las canciones que las aves
Me envíen en los pliegues de las auras.

(1) Esta poesía es la última de las tres que su autora doña Maria Verdejo y Duran nos remitió pocos dias antes de su prematura muerte.

Yo quiero ver quebrarse entre las peñas
 Limpios torrentes de argentina plata,
 Y serenos arroyos serpeando
 Entre fragantes bosques de esmeraldas.
 Yo quiero ver los álamos gigantes
 Demandando perfume á las acacias,
 En tanto que de amor suspira y gime
 La pálida palmera enamorada.
 ¿Dó luces de mas luz que las estrellas
 Limpias antorchas de la noche opaca?
 ¿Dó mas bello dosel que la espesura
 Del ramaje prendido con guirnalda?
 ¿Dónde alfombra mejor que el verde suelo
 Brotando flores frescas y lozanas?
 Y ¿dónde mas contento de armonía
 Que el que ofrece Natura rica en galas?
 Lejos... ¡oh, sí! mas lejos los rumores
 Del alegre festín, lejos las danzas,
 Los místicos ramos, las hirientes luces,
 Y los sonoros ecos de las arpas.
 Yo solo quiero estrellas, luna y nubes,
 Fuentes, lagos, arroyos y cascadas,
 Selvas, bosques, montañas y llanuras,
 Porque si entre sus aves, flores y auras,
 Su espesura, perfumes y armonía,
 No encuentra el corazón la sombra amada
 De su dicha.... ¡perdida entre los vientos!..
 Calmadora quietud gozará el alma!

CORINA.

Zaragoza, Febrero de 1854.

LAS VECINAS.

¡Atencion y mano al boton!... Ahora van ustedes á oír una de las conversaciones que suelen tener desde ventana á ventana la señora Isidra y la señora Rita, mujeres las dos como Dios manda, mejorando lo presente. No es menester dar pelos y señales de ellas, porque todos Vds. las tienen vistas y revistas. Con estas advertencias, y con decir que las ventanas adonde se asoman dan al patio, y están una enfrentito de otra, estamos al fin de la calle.

La señora Isidra dirige la palabra á un pájaro que está en una jaula, colgada á la parte de afuera de la ventana.

—Chiquirritito! hermoso! Si tu ama no te cuida, nadie se acuerda de tí.

—Buenas noches, señora Isidra.

—Señora Rita, buenas noches. No la habia visto á Vd. Voy á entrar este animalito, porque las noches se van poniendo frescas, y no sea que le haga daño el sereno.

—Hija, hace Vd. bien en cuidarle. Lo que ese animalito de Dios ha cantado hoy, no es para dicho.

—Sí, señora, es una alhaja. ¡Chiquirritito de su ama! ¡Mire Vd., mire Vd. como aletea de gozo! En cuanto alguno de casa se acerca á la jaula, el pobrecito se deshace. Señora, los animalitos, fuera del alma, son como las personas: toman ley al que los trata bien.

—¡Ay, señora Isidra; cuántas personas hay que no hacen otro tanto!

—Mi pariente se muere por los bichos: así que entra en casa, ya se sabe, lo primero que ha de hacer siempre es ir á dar un vistazo al pájaro. ¡Pues no digo nada mis chicos!

—¡Ay hija; no se parecen á mi pariente! El año pasado teníamos la casa perdida de ratones, y me dió la gana de pedir un gato á la señora Antonia. ¡Cree-rá Vd. que apenas vino mi pariente y le vió, le cogió al animalito del rabo, y le estrelló contra la tapia!

—¡Ave María purísima, que judiada!

—El otra día se entró en casa un perrito de aguas, tan limpiito y tan mono que daba gloria de Dios el verle. Pues hija, nunca hubiera entrado el animalito, porque apenas le vió aquel, le tiró un badilazo que le rompió una pierna.

—¡Calle Vd. por Dios, señora, que da coraje el oír eso! ¡Bendito sea Dios que le ha dado á una un marido, pobre, eso sí, pero con un corazón de oro!

—¡Ay señora, qué dichosas son Vds.! De soltera está uno con el pio pio de casarse; se casa una, y entonces es cuando empieza Cristo á padecer.. Hija, le aseguro á Vd. que yo daría un ojo de la cara por verme soltera, aunque tuviera qué volver á servir, que no se me haría tan cuesta arriba como antes de casarme. Es verdad que hay que sufrir, porque los amos al fin son amos. Que los señores gruñen porque quieren que uno haga las cosas al vapor; que la señorita la compromete á una poniéndola de centinela mientras habla con el novio; que el señorito se propasa con una; que el aguador va con los chismes á la señora, cuando una ahorra uno, dos ó medio en la compra; que pasa una la pena negra para meter al novio en casa; ¡pero hija, eso de tener asegurado el pan nuestro de cada día, y dormir á pierna suelta sin mas que cumplir una con su obligación, es muy hermoso!

—Tiene Vd. razón, señora, pero cuando se da con un hombre como mi Paco, ya es harina de otro costal.

—Ya que habla Vd. del señor Paco, ¿ha venido ya?

—¡Toma, pues podia estar á estas horas fuera de su casa un hombre de obligaciones! ¡Hace poco que vino, en gracia de Dios!

—Pues hija, obligaciones á manta tiene el mío, y aun está por allá.

—¡Qué me dice Vd., señora!

—Lo que Vd. oye.

—Pues ya las doce de la noche no han de dar.

—¡Déjeme Vd. por Dios, hija, que me está llevando el demontre! En llegando el sábado es cosa de desesperarse una!

—Pues hija, Vds. se tienen la culpa...

—Calle Vd. por Dios, señora, que estoy harta de predicarle, y saca una lo que el negro del sermón....

—Si hiciera Vd. lo que yo....

—Pero señora, no está harta de ver que así que Dios anochece no pára una de dar cabezadas, cansada de lavar, de coser, de la cocina, de lidiar con esas criaturas, que son el enemigo malo.

—¡Si no es eso, señora, si no es eso! Lo que Vd. debe hacer los sábados....

—Hija, créame Vd., yo no puedo hacer mas que lo que hago. Los sábados y los domingos, y todos los días de la semana, le estoy sermoneando: «Mira, Juan, que te vengas á casa en cuanto salgas del trabajo! ¡Mira que no estamos para bromas de taberna! ¡Mira que las cosas se van poniendo por las nubes! ¡Mira que esas criaturas están en cueritos vivos! Mira....

—¡Pero oígame Vd., señora. Lo que debe Vd. hacer los sábados es....

—Si le digo á Vd. que no puedo hacer mas que lo que hago....

—Canario, déjeme Vd. hablar, que no soy costal!

—Hable Vd., señora.

—Lo que debe Vd. hacer los sábados es lo que yo hago: irse hácia el taller á la hora de la cobranza, y coger fresquito el jornal de la semana. Hija, ya sabemos lo que son los hombres por buen aquel que tengan: si una no les tira de la rienda, en cogiendo el jornal, se juntan con cuatro malas cabezas, y que vamos á echar unas copas, que ya podías convidarme á buñuelos, que á que no eres hombres de jugar conmigo un cuarto de cabrito, se gastan la mitad de lo que una está esperando como el santo advenimiento, y luego para nosotras son los apuros, porque á ellos hay que dárselo cocido y amasado. Luego, hija, los jornales son cortos y las necesidades de una casa son largas: que la compra por la mañana, que el carbonero, que el aguador, que el casero, que el cuartito de especia, que el hilo, que el tabaco, que el traguillo de cuando en cuando, porque al fin, el que trabaja y no va á la taberna no ha de beber siempre agua.... se gasta una un sentido, y por mas vueltas que le da, no le sale la cuenta.... Ya ve Vd., señora, qué milagros puede hacer una con ocho reales que gana mi Paco....

—Señora, diez y seis gana el mio; y aquí nos tiene Vd., á él sin mas que lo puesto, á mí descalzita de pié y pierna, y á los chicos poco menos que como su madre los parió. Luego el casero y el carbo-

nero, y qué sé yo cuántos mas, no dejan la ida por la venida, porque hija, que han de hacer los hombres, si hace un siglo que no ven un cuarto, y por remate de fiesta ni una noche siquiera nos acostamos en paz y gracia de Dios. De modo, que me voy quedando sequita, porque no como, ni duermo, ni sosiego. Le digo á V., señora, que se podía sacar una novela con lo que á mí me pasa.

—Pero hija, ¿por qué no hace Vd. lo que digo? ¿Por qué no se va Vd. hácia el taller el día de cobranza

—Calle Vd. por Dios, señora! Buenas pulgas tiene mi pariente para eso! Puede que me reventara de una patada....

—¡Ave María! ¡La habia de pegar á Vd., señora.

—Hay hija, ¡bien se conoce que no sabe Vd. de la misa la media! Mañana hará ocho días me puso el cuerpo á golpes mas negro que ese vestido....

—¡El Señor nos asista! ¡Jesus, qué picaro de hombre! Y no hay un presidio....

—¡Señora, poco á poco, que mi marido no ha robado nada á nadie! Él tiene mala cabeza, eso sí, y se deja llevar de otros calaveras; pero hombre de bien á carta cabal, lo es.

—Calle Vd., señora, calle Vd. por los clavos de Cristo; que se necesita ser pan candeal para sacar todavía la cara por él! ¡Ay señora, si es verdad, como dicen los confesores, que en el platillo donde pesa las almas el bendito San Miguel, se ponen las lágrimas que una derrama en esta vida, ¡cuánto tenemos ganado para con Dios las mujeres de los pobres!

—¡Es verdad, señora Isidra, y sobre todo las que no hemos dado con un hombre como el de Vd!

A la señora Isidra se le saltan de alegría las lágrimas que enjuga con el cabo del delantal. No teniendo á su lado á su marido y á sus hijos para desahogar en ellos su ternura y su dicha, acaricia con la mano al pajarito, y esclama:

—¡Bendito sea el Señor, que tanta dicha me ha dado sin merecerla! Mi Paco, señora Rita, vale mas dinero que pesa. Él no entiende de letra ni de nada; pero le sale de dentro el ser bueno, y lo es: porque, lo que él dice: los hombres y las mujeres se casan para llevar juntos las penas de este mundo, que son carga muy pesada para uno solo; y el hombre, que es el mas fuerte, tiene que arrimar el hombro al lado que mas pesa la carga, y á mas de eso, sostener á la mujer cuando vacila, y darle la mano cuando cae. Un día fuimos al campo mi pariente y mis chicos, y yo, y cáte Vd., hija, que un señor de gaban y todo, no se sabe porqué, principia á dar bofetadas á una pobre señorita. Mi Paco, que no puede ver hacer daño á una mosca, y que se pelea con el lucero del alba viéndolo una cosa así, va á allá con mi chiquitín de la mano, y le dice al caballero:—Caballero, aunque Vd.

perdone, ¿le parece á Vd. que sería una mala partida el que Vd. ó yo principiáramos á bofetadas con esta criatura?—Ya se vé que lo sería, respondió el caballero.—Pues ha de saber Vd., dijo mi pariente, que tan mala partida es pegar á una mujer como pegar á un niño, porque las mujeres son niños grandecitos, y Dios ha criado á los hombres para amparar á los niños, que no para maltratarlos. Hija, á mí un sudor se me iba y otro se me venía, pensando que el caballero lo iba á tomar por donde quema; pero figúrese Vd. cómo nos quedaríamos todos, cuando le vemos alargar la mano á mi pariente, saltándose las lágrimas, y diciendo:—Tiene Vd. razon, y la leccion que Vd. me ha dado, no se me olvidará en toda la vida. La señorita que vé esto, alarga la mano al caballero, como perdonándole; se marchan de bracerero tan contentos como unas pascuas, y nosotros nos quedamos que ni en la gloria. ¡Hija, sino es porque habia gente delante, me como á besos á mi Paco!

La señora Rita echa á llorar exclamando:

—¡Ay señora, señora! qué poco talento tenemos la mayor parte de las mujeres, que queremos á los hombres por la buena cara y no por la buena alma!

—¡Eh, señora! Vd. no tiene la culpa de lo que le pasa. Esas son cosas que Dios hace, y hay que armarse de paciencia, que mas pasó su Divina Magestad por nosotros. Pues lo que yo hago los sábados, que á eso iba, esirme á la caidita de la tarde hácia el taller, así como quien no quiere, para salir al encuentro á mi Paco y venirnos juntos á casa, porque por lo mismo que él es mas bueno que el pan, hay que evitar que le distraigan cuatro picaronazos, que, como dijo el otro, quien quita la ocasion quita el peligro. Eso no, ir yo á coger el dinero en casa del maestro, no lo hará jamás Isidra Martinez, que eso sería poner colorado á mi Paco, y la mujer honra ha de dar al marido, que no se la ha de quitar. Pues señora, nos venimos juntitos á casa viendo las tiendas, y gracias á eso no llega descabalado el jornal de la semana, porque hija, á mi Paco todo se le antoja para su mujer y sus chicos.—Mira, ¿quieres que le compremos una pelota de esas á Juanito?—No, que ya le hice yo el otro día una de paño que vota hasta el techo.—Mujer, ese pañuelo que llevas á la cabeza está ya hecho una criba; ¿quieres que compremos uno de estos que hay en este escaparate?—Hijo, déjate de pañuelos, que este está casi nuevo.—Vamos, golosita, que no te vendria mal un par de bollitos de estos.—No, hijo, que en esta bolleria cuecen mal las pastas.—Mira qué alfileros tan preciosos hay aquí. Espérate, que voy á tomar uno para la Pepita.—Déjalos, hombre, que yo le daré uno de los míos, que son mas fuertes.—Quieres que entremos en esta horchatería á beber un vasito de limon?—No, hijo, que me he atracado de agua esta tarde.—Así me traigo á

casa á mi Paco; ¿pero sabe Vd. lo que hacemos antes de subir? Tomamos media librita de escabeche y media docena de huevos, y mientras hago yo una tortilla, que se comeria una los dedos, baja la chica por una botella de vino y cenamos como unos príncipes. Así es que mis chicos toda la semana me están preguntando: madre, ¿cuándo es el sábado? madre, ¿cuándo es el domingo? El domingo nos levantamos todos temprano, se mudan mi Paco y mis chicos..... Eso no, galas no llevan porque, hija, de donde no lo hay, no se puede sacar; pero han de ir siempre remendaditos y limpios como el sol de Dios. En seguidita se va todo el mundo á misa; luego preparamos una cazuelita de arroz con lomo ó bacalao, y nos vamos á comerla al campo como hicimos, mañana si Dios quiere hará ocho días. Hija, ¡están aquel San Antonio de la Florida y aquella fuente de la Teja, que da bendicion de Dios el ir por allí! ¡Lo que mis chicos corrieron por aquellas praderas! ¡Lo que su padre loqueó con ellos, como es tan padrote, y tan!... ¡Los dichos que se le ocurrieron á mi Paco, como es tan decididor! ¡Lo que hizo reir con esa gracia que Dios le ha dado, aunque me esté mal el decirlo, á unos buenos señores que estaban á nuestro lado! ¡Lo que yo misma reí y salté, y brinqué en aquel campo! Hija, vergüenza debiera darle á una el loquear así á su edad, que ya no es una ninguna chiquilla; pero ¡qué se le ha de hacer, hija! Cuando el gozo le brinca á una en el cuerpo, hay que brincar tambien. A la caidita del sol, compramos naranjas á los chicos; mi Paco y yo nos agarramos del brazo como unos enamorados, y tomamos el camino de Madrid, mis chicos rodando las naranjas, y mi Paco y yo cantando mas alegres que unas pascuas floridas.

—Esa, señora Isidra, esa es la dicha, y lo demas es cuento! ¡Eso es vivir como Dios manda, y no como nosotros vivimos!

—Hija, lo que dice mi Paco: bastantes penas y trabajos da Dios en el mundo, sin que uno los aumente con riñas y tonterias. El hombre y la mujer no se casan para aumentar las penas, que se casan para disminuirlas. Señor, que hay un apuro cualquiera? Vamos á hacer por salir de él en paz y gracia de Dios, poniendo cada uno lo que esté de su parte... Pero hija, á todo esto, es mas de la media noche, y yo me estoy aquí charlando como una cotorra, sin recordar que mañana domingo tengo que madrugar para arreglar la familia menuda. Mire Vd., mire Vd. que despabilado está este animalito de Dios! ¡Chiquirritito! Mire Vd. como se deshace! Lo que decíamos antes, hija: los animalitos, fuera del alma, son como las personas.

—¡Ay no, señora Isidra! Los animales toman ley á las personas que los tratan bien, y todas las personas no hacen eso!

Paco dice desde la cama con acento cariñoso:

—Isidra! ¿Qué haces ahí al sereno, hija? ¿No ves que vas á coger un resfriado?

—¡Allá voy, querido, allá voy!; Tú no sabes estar sin mí. Hijo, eres lo mas maridote!...

Juan llama á la puerta de la calle echando cada *pecado* que tiemblan las carnes, y su mujer, la señora Rita, le contesta:

—Voy á abrir al instante.

—Yo si que te voy á abrir á tí en canal de una patada. Abre, hija de una.... Abre, grandísima....

Anton el de los Cantares, que por si Vds. no le conocen, es un pobre ciego que vé algo, se arroja en su triste habitacion despues de haber oido la conversacion de sus dos vecinas, y esclama con lágrimas en los ojos!

—¡Oh santo Arcángel Miguel! ¡Si, sí, echa en el platillo de los descargos las lágrimas de dolor de la mujer del pobre brutal y malo, y echa tambien en el mismo platillo las lágrimas de alegría de la mujer del pobre delicado y bueno!

ANTONIO DE TRUEBA.

MODAS.

Aunque el invierno se retira paso á paso, la primavera no hace mas que asomarse á las puertas del horizonte. Los días lluviosos, las tardes frias, no nos permiten dejar por completo los trajes de abrigo. Aguardemos un poco, y mañana aparecerá Abril, con sus aguas mil, con su brisa tibia y perfumada, con sus primeras flores, que nos anuncian la juventud de la naturaleza.

Mientras los campos no ostenten sus galas, y las aves saltando de rama en rama no celebren la vuelta del buen tiempo, tampoco los almacenes espondrán por completo las novedades de primavera. Entretanto que la Moda no se fija, continúan llevándose los vestidos de grande aldeta hasta la mitad de la falda: tambien se ven algunos de talle redondo y sin aldeta. Como tenemos ya dicho, los de doble falda son los mas distinguidos, y los adornos de pasamanería los que mas se usan con todas hechuras. Mucho flequillo, muchas bellotitas, unas veces del mismo color del vestido, otras de dos tintas.

Como modelo de elegancia para traje de sociedad, recomendamos á nuestras lectoras uno de muaré antique verde. La falda es lisa, y á cada uno de sus lados lleva una tira de terciopelo morado formando caída, estrecha en la cintura y que ensancha gradualmente hasta tener 37 centímetros en el bajo: su orilla exterior forma ondas, la interior va guarnecida de un rizado de raso tambien morado, y el centro que queda entre ambas tiras, se adorna con otros rizados

de raso que forman V: como la postura de estas tiras no es recta, este centro de la falda es estrecho en la cintura y muy ancho en el bajo. El cuerpo, un poco escotado, forma punta en el talle, cuya figura guarda la berta de terciopelo morado, correspondiente á la falda, y que por la espalda deberá ser redonda. La manga es ancha y con huecos, sostenidos por presillas de raso morado. En la cabeza adorno de perlas con plumas blancas.

Para calle y asistencia á las iglesias, es muy elegante un vestido de glasé negro, con tres volantes adornados de una cinta de muaré azul, en cuyo centro se pone un flequillo de seda negro: el cuerpo es alto y cerrado, y lleva en el pecho tres tiras correspondientes á las de los volantes, que forman un ángulo muy abierto: igual adorno tienen las mangas, que son dobles, y puestas una sobre otra en forma de campana.

La descripcion de estos dos trajes, se comprende mejor á la vista del figurin que repartimos con este número á las suscriptoras á dos figurines.

AURORA PEREZ MIRON.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

Núm. 1. *Guarnicion* para enagua ó peinador: bordada á feston y molinetes.

Núm. 2. *Guarnicion*: correspondiente á la anterior.

Núm. 3. *Cuello parisien*: bordado al pasado.

Núm. 4. *Puño*: correspondiente al cuello anterior.

Núm. 5. *Tira*: para guarnecer los mismos.

Núm. 6. *Guarnicion*: bordada á plumetis.

Núm. 7. *Entredos*: bordado al pasado.

Núm. 8. *Tira*: bordada á feston y realce.

Núm. 9. *Ramo* para esquina de pañuelo: bordado á plumetis.

Núm. 10. *Ramo* para pañuelo: bordado como el anterior.

Núm. 11. *Escudo* para pañuelo: bordado á realce.

Núm. 12. *Modelo* de mangas con puño.

Núm. 13 y 14. *Nombres*: bordado al pasado.

